



**EL CORAZÓN
MÁS SANO
ES EL BUEN
CORAZÓN.**



Marcos 7,14-23

“Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro. Lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre.”



Nuestro corazón es el centro de nuestra persona y de nuestra vida. La realización del bien o del mal se engendra dentro de nosotros. Todas nuestras acciones y reacciones, todos nuestros sentimientos, brotan de nuestro corazón. Lo que hace bueno o malo a un hombre es su corazón, su interior. De un corazón bueno brotará sólo bondad y acciones buenas. De un corazón malo brotará sólo maldad y acciones malas.



Lo impuro no está fuera; fuera está lo higiénico o antihigiénico, lo que puede favorecer o dañar nuestra salud física, pero no podremos encontrar fuera de nosotros nada que pueda contaminar nuestra salud espiritual. Para Jesús ninguna actitud negativa (impura) tiene justificación: es que me hicieron esto o lo otro. En razón a nuestra libertad, asumir la postura de víctima no nos autoriza a tener pensamientos o acciones perversas.



Buscar disculpas y autoengaños diciendo que lo que nos viene de fuera nos vuelve impuros, nos hace tener actitudes que no deseamos, que somos víctimas de situaciones o actitudes de otros sólo desvía la atención de lo que es la fuente de la bondad y del seguimiento de Jesús: la libre y responsable decisión de ajustar nuestros sentimientos e ideas conforme a la Ley del amor, como compromiso de fraternidad que acoge y perdona.



La moralidad que rezuma el mensaje de Jesús nace del corazón y de la decisión consciente de cada persona. Los demonios peores, los que verdaderamente nos hacen daño, los que nos matan, los solemos tener dentro de nosotros: la envidia, el orgullo, la prepotencia y tantas otras cosas.

Ellos son los que nos hacen impuros, aunque a veces nos cuesta aceptarlo así. La lucha contra ellos es parte esencial de nuestra vida cristiana.



Cuida tu corazón:

**prodígate
en actos de amor.**